

Ejército, Iglesia e IP no son Obstáculo

13-Febrero-91

Puede Florecer la Democracia

- ★ Sin Apoyo del Gobierno, el PRI Carece de Fuerza
- ★ Autoritarismo en el Corazón Mismo del Sistema
- ★ Necesaria una Movilización Superior a la de 1988

LORENZO MEYER

La posibilidad de transformar la vida política mexicana en una de naturaleza democrática cuenta con varios elementos en su favor, y es en ellos donde el optimismo puede encontrar aliento. Desafortunadamente, los pesimistas también tienen argumentos para pronosticar que la fuerza vital del autoritarismo se mantiene casi intacta, protegida por la urdimbre institucional que la postrevolución construyó y fortaleció a lo largo de más de medio siglo, y es eso lo que ahora le permite al autoritarismo prolongar su vida y posponer para un futuro no previsible la conclusión de la supuesta transición democrática.

Pero antes de entrar en el deprimente tema del autoritarismo institucionalizado, veamos el lado brillante del panorama, el que provee las razones para que los espíritus optimistas no caigan en la desesperación o la amargura. A diferencia de otras experiencias antidemocráticas en América Latina o Europa, resulta que

SIGUE EN LA PAGINA DIECIOCHO

PUEDE FLORECER

Sigue de la primera plana

por la naturaleza misma del desarrollo mexicano de los siglos XIX y XX, en nuestro país no existen ya algunos de los terribles enemigos de la democracia que había o hay en algunos de los países que recientemente han transitado o están transitando del autoritarismo a la democracia.

Uno de los grandes obstáculos para la democratización en América Latina ha sido el ejército. En la Argentina, por ejemplo, las fuerzas armadas tuvieron que dejar el poder tras su sonado fracaso de la guerra de las Malvinas, pero ese ejército, desprestigiado y todo, sigue proyectando su terrible sombra sobre el panorama político de su país; se trata de un ejército relativamente grande y bien armado, con privilegios e intereses económicos creados muy complejos, y que se resiste a subordinarse a la autoridad legítima y, sobre todo, a los dictados de la sociedad civil, por ser justamente la fuente de esos recursos que el grupo militar teme perder. Lo mismo se puede decir de nuestro vecino del sur, Guatemala, de Haití, de Chile o de Brasil, para

mencionar sólo cuatro casos muy diferentes entre sí pero donde el experimento democrático encuentra uno de sus límites obvios en la corporación armada, pues el ejército conserva un poder de veto frente a la autoridad civil.

Y el problema no es sólo latinoamericano; la ejemplar transición española a la democracia por poco y se frustra el 23 de febrero de 1981 cuando un teniente coronel de la Guardia Civil, José Antonio Tejero, al frente de escasos doscientos hombres, pretendió, al tomar como rehenes a los poderes legislativo y ejecutivo españoles, ser el detonador de un gran golpe militar que volviera a revivir las esencias del franquismo.

*

En contraste, en México el ejército es relativamente pequeño, poco gravoso presupuestariamente y, sobre todo, hace ya mucho tiempo que se acostumbró a internacionalizar su papel político secundario. No hay nada que haga suponer que sus intereses corporativos globales pudieran sufrir si como resultado de un proceso electoral limpio el PRI tuviera que abandonar el poder, al contrario, cesa-

ría su papel de apoyo de última instancia a autoridades sin legitimidad. En determinadas circunstancias la Iglesia puede ser otro grupo corporativo opuesto a la transformación de un régimen autoritario en democrático —de nueva cuenta viene a la mente el caso español en la época dorada del franquismo—, pero difícilmen-

te eso podría ocurrir en el México actual, y no tanto porque el clero mexicano sea predominantemente democrático y progresista —don Sergio Méndez Arceo no es representante de la actitud del grueso de la jerarquía—, sino porque como resultado de la terrible lucha entre el poder también eclesiástico y el Estado, el pa-

LA DEMOCRACIA

pel político de la Iglesia mexicana se ha visto muy disminuido. Ahora, a punto de que concluya el siglo XX, ya no hay condiciones para que la Iglesia mexicana recupere el poder perdido aunque en un ambiente democrático podría aspirar a una regularización socialmente aceptada de su status jurídico.

El empresariado mexicano no es una clase realmente fuerte. La Revolución mexicana lo hizo crecer pero dentro de una atmósfera de protección estatal, con lo cual perpetuó

su debilidad inicial. Esa debilidad y dependencia no limitaron las ganancias de los incompetentes capitalistas mexicanos sino al contrario, pero el autoritarismo les dio sustos muy oscuros cuando bajo los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo experimentaron negativamente los efectos de un presidencialismo sin límites. El enfrentamiento de los empresarios de Monterrey con Echeverría y sus expropiaciones a empresarios agrícolas del noroeste aunadas a la destrucción

de los banqueros por López Portillo —destrucción temporal—, hizo que finalmente un buen número de "capitanes de industria" mexicanos se convirtieran a la democracia y dieran vida al neopanismo. Hoy, cuando ya es inviable la protección artificial y, por otro lado, el socialismo está en crisis e incluso la URSS y China reconocen la necesidad de crear espacios importantes para el empresario privado, muy pocos si es que algún capitalista mexicano puede

CIA

temer, en función de sus intereses de clase, a la existencia de una verdadera democracia política en México. Lo anterior no significa que no haya algunos empresarios individuales que, por haber ligado su suerte a la del grupo que hoy está en el poder y haberse adueñado de manera impropia de empresas que antes fueron públicas, no sean enemigos de la democracia, pero una auténtica democracia en México quizá le daría al empresariado, como conjunto, una independencia y capacidad de defenderse de la arbitrariedad y corrupción de la burocracia que controla sus actividades, que hoy no tiene.

★
Los cuadros del partido del Estado —los apparatus-chiki— y las burocracias de las organizaciones que componen sus sectores —en particular el obrero—, si se verían mortalmente afectados si México llegara a convertirse en una democracia política auténtica. Sin embargo, por sí solos el PRI y los líderes de sindicatos no tienen la fuerza para obstaculizar seriamente el camino de México a la democracia. El PRI no es realmente un partido; por sí mismo y sin el apoyo del gobierno, carece de fuerza. Como se vio tras la espectacular caída de Joaquín Hernández Galicia "La Quina", ni siquiera el sindicato más rico y estratégico puede gran cosa cuando se enfrenta al gobierno. La fuerza del PRI y de su estructura corporativa es muy relativa; un gobierno con legitimidad los doblegaría, de manera que estas fuerzas auténticamente antidemocráticas no son obstáculos serios para llevar a buen término la transición democrática en México.

Mucho se ha dicho sobre el papel central que la cultura política mexicana ha desempeñado en la creación y mantenimiento del autoritarismo. Sin embargo, y aunque lentamente, esa cultura cívica está cambiando. Las elecciones de 1988 muestran cómo, pese a una ausencia de tradición democrática, cuando la sociedad mexicana finalmente se topó con una situación donde se le ofrecían opciones políticas independientes y reales —las encabezadas por Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Clouthier— hizo a un lado su apatía y rechazó continuar viviendo bajo el viejo techo autoritario. Claro que, finalmente, esos millones de mexicanos que votaron por la oposición no pudieron defender cabalmente el valor de su voto y es aquí donde se acaba el lado brillante del panorama político mexicano visto a la luz de las situaciones y experiencias de otros países.

El obstáculo principal para que florezca la democracia en un terreno que se viene abonando para tal fin cuando menos desde 1968 es la terrible fuerza que le da al autoritarismo mexicano su institucionalización. Este autoritarismo no depende de la salud física de la persona que lo encabeza como fue, por ejemplo, el caso del general Franco en España; tampoco se centra como en Argentina o Brasil en el crecimiento anormal de uno de los aparatos secundarios del Estado, como es el caso del ejército en Argentina, Chile o Brasil, y donde un fracaso profesional —las Malvinas—, económico —Brasil— o el mero desgaste de su comandante en jefe —Chile—, permite que otras fuerzas políticas existan y logren su subordinación en nombre de la legitimidad democrática. En México, el corazón del autoritarismo no reside en personas o instituciones secundarias sino que se encuentra en la institución central de todo el sistema de autoridad y poder: en la presidencia. De esta manera, nuestro autoritarismo es inmune a la decadencia física del dictador o imposible de marginar obligándolo a retornar a los cuarteles como es el caso del ejército. Y por si lo anterior fuera poco, ese autoritarismo está nutrido por raíces de gran profundidad, pues desde que Venustiano Carranza y su coalición alcanzaron el poder y dieron forma al documento central, añejo y fuerte, sería necesaria una movilización social en favor de la democracia sin precedentes, superior a la de 1988. Y hasta ahora nada permite suponer que tan magna movilización se vaya a dar. Al contrario, todo hace suponer que la transición democrática mexicana va a ser una de las más largas de la historia mundial contemporánea se inició en 1968, lleva ya 23 años y, como el mentado Johnny Walker, sigue tan campante.